

El espantoso mundo en que vivimos



28 dic 2013 - 3:00 p. m. Por: Héctor Abad Faciolince (Periódico El Espectador)

Una de las mejores definiciones que he leído de la palabra “intelectual” es la siguiente: “persona que ha estudiado más allá de sus posibilidades”.

Incapaz de comparar el mundo actual con el mundo de ayer, de sopesar lo ganado y lo perdido, su obsesión consiste en la crítica escandalizada, en el moralismo altivo, en el desprecio por cualquier progreso, por cualquier gusto o alegría, en la convicción de que no hay criatura más repugnante que el ser humano, ni lugar más inhóspito que la tierra.

El tipo de intelectual en el que estoy pensando es ese que se solaza en la cultura de la queja, y para el cual la sociedad contemporánea (especialmente la occidental) es una especie de invento del demonio: la cosa más grosera, burda e infernal que ha existido en toda la historia del mundo. Lo moderno, para él, es lo más violento, lo más agresivo, lo más explotador e injusto: una sociedad con la que tendríamos que arrasarlo para fundar otra sobre sus ruinas. Lo peor de esta perorata asqueada, de esta permanente indignación moral, es que esta supuesta “élite de la inteligencia” ha logrado convencer a millones de jóvenes (como denunciaba hace años Karl Popper) de que vivimos en el peor de los mundos que han existido. Cada vez encuentro con más frecuencia a jóvenes convencidos de que reproducirse es terrible, pues van a traer nuevos seres humanos solamente a sufrir. Y la mayoría de estos estériles voluntarios son, precisamente, los jóvenes que más han estudiado, es decir, aquellos que más han estado expuestos a la influencia nefasta de esa “intelligentsia” para la que los logros de la humanidad son una mentira.

Inmunes a toda crítica y a toda lógica, no les importa que uno muestre hechos innegables: comparar el mundo contemporáneo con un mundo sin anestesia, sin antibióticos y sin analgésicos (creen que en un mundo “natural” no habría enfermedades y los humanos vivirían 600 años, como los patriarcas de la Biblia). Es decir que ha habido progreso moral desde los tiempos de la esclavitud (dicen que al esclavo de ayer se lo mimaba más que al obrero de hoy; a quienes dicen esto deberían marcarlos con un hierro candente). Demostrar con cifras que las expectativas de vida han aumentado exponencialmente en el último siglo solo les produce desprecio pues lo único que hemos logrado es que ahora haya más gente. Tampoco les parece importante que un pobre de hoy (en Colombia) reciba una atención médica mucho mejor que un rey del renacimiento, ni que tenga mejor transporte, mejor abrigo y mejores zapatos. Que la mortalidad materno infantil (incluso entre la nobleza) era muchísimo más alta que la de los campesinos contemporáneos.

A estos intelectuales no se les puede decir sin escándalo que las cosas vienen mejorando desde hace decenios en casi todo el mundo. Que la discriminación sexual o racial era mucho peor hace 50 años; que nunca antes los homosexuales podían defender mejor su derecho a ser libres. Que nunca en la historia ha habido tantas mujeres estudiando y trabajando en los puestos más importantes, gracias (entre otras cosas) a que existen

métodos anticonceptivos y a que ellas mismas han logrado que se las respete. También la pobreza (incluso en Colombia) ha venido bajando en términos absolutos y relativos en los últimos decenios. La misma violencia, como ha demostrado Pinker para disgusto de los intelectuales pesimistas, es en la actualidad una de las más bajas de toda la historia humana.

Este es el link| de la conferencia de Pinker
<https://www.youtube.com/watch?v=4DYQsBsXpxA>

Ciego toda la vida a todo eso



4 ene 2014 - 5:00 p. m. Por: William Ospina (Periódico El Tiempo)

Hay personas que piensan que la mejor manera de celebrar la modernidad es no criticarla.

Curiosa actitud, porque si algo ha hecho posible el avance relativo de la humanidad es el espíritu crítico de los insatisfechos, de los siempre vigilantes, que saben que nuestra condición humana está llena de virtudes, pero también de riesgos, y que lo peor es entregarse sin prudencia a las inercias de la historia.

Todo poder abandonado a su vanidad y a sus impulsos termina embelesado consigo mismo. La historia, que algunos ven como un ineluctable avance hacia mejor, como un relato de mejoramiento y progreso, ha sido a menudo una cadena de atrocidades, aquí y allá contrariada por algunos destellos de nobleza, de inteligencia y de gracia.

Voltaire escribió que la humanidad sólo mira con respeto y con gratitud aquellos momentos en que, a pesar de las discordias de los príncipes y del fanatismo de los sacerdotes, el espíritu humano floreció y las artes alzaron su canto. Dedicó la vida entera a combatir las arbitrariedades de la aristocracia y a hacer una severa crítica de las costumbres. Su obra *Cándido*, un inventario de calamidades y catástrofes fue hecha no tanto para demostrar que el mundo es un infierno cuanto para combatir la tesis beata de Leibniz de que todo aquí es felicidad y perfección. Ya en el siglo XVIII había quien declarara que este mundo había llegado a niveles de progreso abrumadores, pero poco después la Revolución Francesa demostró que algunos no compartían ese entusiasmo.

Desde entonces prosperó la saludable tradición de que los intelectuales fueran críticos del orden social, y contradictores de la tesis empresarial de que el mundo es una mera fiesta para la pasividad y el consumo. El único tono que funciona en la publicidad es el del optimismo rosa: todo es progreso, todo está bien, nunca estuvimos mejor y la humanidad está en espléndidas manos.

Ese discurso interesado admite prueba en contrario, y no sólo en nuestros países violentos e inhóspitos. El hundimiento de generaciones enteras en la edad de las adicciones, la proliferación de basuras industriales, el saqueo de la naturaleza, el deterioro de las fuentes de agua, la aniquilación de las costumbres y su reemplazo trivializado por modas y espectáculos, el cambio climático, el cambio inconsulto de la dieta tradicional por los experimentos afanosos de la industria transgénica: pero a los espíritus acomodados y a los trompeteros del progreso les molesta que se hable de esas cosas.

Pretenden, asustadizos, que criticar el modelo es negar que haya habido algún avance; pretenden torpemente que, si se critica la gradual conversión de la medicina en un negocio, donde lo único que importa es la rentabilidad, se está abogando por un retorno a la falta de higiene, se está renunciando a los antibióticos y a las vacunas, se está recomendando a los médicos que no se laven las manos antes de las cirugías. Esa censura caricatural pretende ser una defensa del progreso, pero en realidad es una renuncia a la principal virtud de la especie: su capacidad crítica, su espíritu rebelde, su eterna y necesaria insatisfacción.